

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

SAN APOLONIO, senador, en Roma, el cual en tiempo del emperador Cómodo y del prefecto Perennio, por un criado suyo fué descubierto y acusado de que era cristiano; y habiéndole mandado que diese cuenta de su fe, compuso para esto un excelente libro, y lo levó á presencia de todo el senado; por cuya sentencia lo degollaron confesando siempre la fe de Jesucristo. (*Véase su historia en las de este día.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES ELEUTERIO, obispo de Esclavonia, y ANTIA, su madre, en Mesina, el cual siendo muy ilustre en santidad de vida y en la grandeza de los milagros, en tiempo del emperador Adriano, lo echaron en una cama de hierro hecha ascua, lo pusieron en unas parrillas, lo metieron en una sartén llena de aceite, pez y resina hirviendo, y lo arrojaron últimamente á los leones; pero habiendo salido de todo esto sin lesión alguna, lo degollaron al fin con su madre. (*Véase su historia en las de este día.*)

SAN COREBO, prefecto, tambien en Mesina, el cual habiéndolo convertido á la fe S. Eleuterio, fué degollado.

SAN CALOCERO, mártir, en Bressa, el cual convertido á la fe por los santos Faustino y Jovita, en tiempo del mismo emperador Adriano, fué coronado en la batalla de su gloriosa confesion.

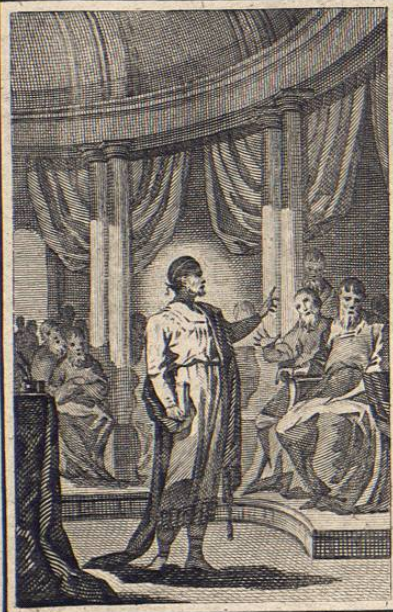
SAN PERFECTO, presbítero y mártir, en Córdoba, el cual fué muerto por los moros, porque predicaba contra la secta de Mahoma. (*Véase su noticia en las de este día.*)

SAN GALDINO, cardenal y obispo, en Milan, el cual al acabar de predicar unas misiones contra los herejes, entregó su alma á Dios.

EL BEATO AMIDEO, confesor, en Toscana en el monte Senario, uno de los siete fundadores del orden de los Siervos de la Virgen Maria, esclarecido por el amor ardentísimo con que amaba á Dios.

SAN APOLONIO, SENADOR DE ROMA Y MÁRTIR.

LA mudanza que sucedió en el imperio el año de 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, influyó otra igualmente grande en el estado de la cristiandad. Habian padecido los cristianos en tiempo de este príncipe una persecucion casi continua aun despues del decreto que espidió en su favor el año 174 despues de la batalla que ganó á los alemanes, confesando haberla debido á las oraciones de los cristianos, y mandando, pena de la vida, que ninguno los acusase por causa de religion. Con todo eso fueron cruelmente perseguidos en tiempo de su reinado, ó por la malignidad de los filósofos gentiles que se con-



S. APOLONIO M.

sumian de rabia viéndose confundidos, no solo por la pureza de las costumbres, sino por las sabias y convincentes apologias que publicaban los cristianos; ó por la ciega adhesion que el mismo príncipe profesaba á las supersticiones del gentilismo; ó porque movido de una desacertada política, quiso dejar en su vigor todas las leyes que sus predecesores habian publicado contra los cristianos.

El emperador Cómodo, su hijo, que le sucedió en el imperio, no imitó ni las virtudes morales, que se quiere suponer adornaban á su padre, ni aquella aversion al cristianismo, que el genio filosófico y supersticioso del difunto emperador naturalmente le inspiraba; y así dejó vivir en paz á los cristianos, contribuyendo esta calma, despues de tantas tempestades, para que se propagase mas el reino de Jesucristo. En todas partes fructificaba la semilla del Evangelio; en todas triunfaba la verdad de los errores y de la impiedad del paganismo; y particularmente en la ciudad de Roma, por la sollicitud y zelo del santo papa Eleuterio, cada día se veian muchas nobles, ricas y distinguidas familias dar el nombre á la sagrada milicia, y presentarse para recibir el santo bautismo, buscando en él puerto seguro, y camino derecho para la salvacion.

Entre las personas de calidad que entraron por aquel tiempo en el seno de la santa Iglesia, una de las mas considerables y de las mas distinguidas por su nacimiento, por sus talentos, y por el elevado empleo que ocupaba en la republica, fué S. Apolonio. Erá senador romano, de casa ilustre, pero mas recomendable aun por su mérito personal. Generalmente era tenido por uno de los ministros mas sabios y mas elocuentes del senado, y el amor que profesaba á las letras humanas y á la filosofia le habian granjeado el universal concepto de uno de los mas vivos y mas cultivados ingenios de su tiempo. Las frecuentes conversaciones que tuvo con S. Eleuterio, y probablemente tambien con S. Luciano, en aquel intervalo de tranquilidad, le hicieron abrir los ojos, añadiéndose el particular estudio con que se dedicó á instruirse en la sustancia de nuestra religion, y á la lectura de los libros sagrados. Lloró amargamente el largo tiempo que habia vivido sepultado en las tinieblas de la idolatria, tuvo horror de su ceguera, y rindiéndose finalmente á los fuertes impulsos de la gracia, abrió los ojos á las luces de la fe, sujetóse á la ley de Jesucristo, y recibió el santo bautismo.

No es fácil esplicar el gozo de todos los fieles cuando vieron en el número de los discípulos de Cristo á un senador de Roma, y senador de tan gran mérito; pero mucho menos se pueden es-

plicar las ventajas que se siguieron á toda la Iglesia de esta ilustre conversion. En poco tiempo nuestro senador recien cristiano, fué prodigio de virtud, modelo de perfeccion, y uno de los primeros apologistas del cristianismo.

No pudiendo sufrir el demonio, dice Eusebio, la paz que gozaba la Iglesia, ni el gran número de personas ilustres que el ejemplo y el zelo de Apolonio sacaban cada dia de la ceguedad y del error, empleó para vengarse toda su fuerza y todo su artificio: incitó á un miserable esclavo, llamado Severo, segun dice san Jerónimo, para que sin atender al decreto que se habia publicado contra los denunciadores de los cristianos, acusase al senador Apolonio de que se habia hecho uno de ellos, renunciando la religion de sus padres.

El prefecto del pretorio, llamado Perenio, ante todas cosas condenó á muerte al miserable acusador, que en aquel mismo dia espiró en el tormento de la aspa: despues exhortó fuertemente á S. Apolonio á que dejase la religion cristiana, y no quisiese perder con la fortuna la vida; pero viéndole inmóvil en la fe, le ordenó que diese cuenta de su religion delante del senado, de cuyo cuerpo era uno de los principales miembros.

Como Apolonio, despues de su conversion, habia hecho su principal estudio en los libros de la religion, eran tan grandes sus progresos en esta ciencia divina, y se habia hecho en ella tan sabio, que no tuvo dificultad S. Jerónimo en colocarle el segundo entre los Padres de la Iglesia latina.

No se puede decir la alegría que tuvo nuestro Santo cuando se vió en la obligacion gustosa de dar una justa idea de lo que era nuestra religion, al tiempo de dar razon de su fe, en presencia de un cuerpo tan escogido y tan célebre. Compuso una hermosa y docta apologia, en que descubriendo á la mas clara y á la mas brillante luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, destruia todas las calumnias que hasta allí se habian inventado para desacreditar á los cristianos, y hacia palpables la ridiculez, las infamias, y las absurdas impiedades del paganismo.

Pronunció Apolonio esta defensa en senado pleno con tanta elocuencia, y con tanta eficacia, que los ánimos mas enconados, y mas declaradamente enemigos del nombre cristiano, quedaron como cortados y mudos. Fué sin duda un gran dia para la gloria de la religion; y ya iban todos á rendirse á la fuerza de la verdad, que aquel héroe cristiano acababa de hacer triunfar en medio del senado de Roma, cuando el prefecto del pretorio, advirtiendo la impresion que habia hecho en los ánimos el dis-



S. ELEUTERIO, O. Y M.

curso de nuestro Santo, y temiendo que los aplausos y las aclamaciones con que le celebraban tuviesen consecuencias contrarias á las leyes del imperio, le representó, que segun ellas, no podia ser absuelto ningun cristiano, una vez que fuese judicialmente acusado, si persistia en la fe de Jesucristo; y que así le exhortaba á que mirase por su honra y por su vida, renunciando la fe; para cuya deliberacion solamente le concedia algunas horas de tiempo.

No ignoraba Apolonio la ley que el emperador Marco Aurelio habia dejado en su vigor, aun cuando promulgó la otra, que parecia contraria, de que fuesen condenados á muerte todos los denunciadores de los cristianos; y así respondió al prefecto, que se admiraba mucho tuviese aliento para exhortarle á que mudase de religion, cuando por el discurso que acababa de oír, podia conocer el concepto que formaba de la religion cristiana; que no le amenazase con el martirio, porque le hacia saber que ese era el objeto de sus ansias mucho tiempo habia, no pudiendo lograr ni mayor honra ni mayor dicha que derramar su sangre por la religion, cuya apología acababa de pronunciar; y que así á él, como al senado, los exhortaba á que mirasen por su salvacion, y dejando las impiedades y las extravagancias de los gentiles, abrazasen la religion cristiana.

Admiró el prefecto Perenio su constancia y su tranquilidad; pero hizo poco caso de sus saludables consejos; y persistiendo Apolonio en la confesion de la fe, fué condenado por sentencia del senado á que le cortasen la cabeza; siendo este illustre defensor de la fe el primero que ilustró la dignidad de senador de Roma con la corona del martirio el dia 18 de abril del año 189.

Desde entonces fué singular la veneracion que se tuvo en toda la Iglesia de Dios á S. Apolonio. Sus preciosas reliquias se conservan en muchas partes del orbe cristiano. Los padres Carmelitas de Ehora en Portugal conservan la cabeza: los Jesuitas de Amberes veneran un gran hueso; y lo restante de sus reliquias se adora en la iglesia de S. Francisco de Bolonia en Italia, donde fueron conducidas desde Roma el año de 1622, en el pontificado de Gregorio XV.

SAN ELEUTERIO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Eleuterio, uno de los illustres mártires de Jesucristo, que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, á quien celebran los escritores por uno de los prodigios del valor cristiano

en tiempo de las persecuciones gentílicas, tan distinguido por su magnanimidad y heroísmo, que así como su memoria ha sido la admiración de los siglos futuros, fué por entonces su constancia el asombro de los mismos paganos, nació en la ciudad de Roma, en la deplorable constitucion que los idólatras dueños de aquella capital procuraban estinguir del mundo el nombre y religion de Jesucristo.

Su madre Antia, una de las matronas ilustres del senado, ilustrada con la luz del Evangelio, educó á Eleuterio desde sus mas tiernos años en las infalibles verdades de la fe ortodoxa, y procuró imprimir en su alma como en blanda cera los altos dictámenes de la religion cristiana, cuyas piadosas máximas siguió siempre el niño, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Ofrecióle en su puericia al sumo pontífice Anacleto con el fin de que le incorporase en el clero de la Iglesia de Roma; y para que con mas libertad, que la que gozaban por entonces los fieles en aquella ciudad con motivo de las frecuentes persecuciones, pudiese instruirse en la literatura, le envió á Ecana, donde á la sazón florecia el obispo Dinamio, varon esclarecido en santidad y sabiduría, bajo cuyo magisterio hizo el santo jóven admirables progresos en las ciencias, y nada inferiores en las virtudes.

El ardiente zelo que mostraba Eleuterio por la religion de Jesucristo, y la grandeza de espíritu con que rebatía los errores adoptados en la idolatría, sin temor del poder de los gentiles, movieron á Dinamio á ordenarle de sacerdote por el orden prescripto en los sagrados cánones; bien entendido de la utilidad que resultaria á la Iglesia en la creacion de un ministro que manifestaba tanto interés en dilatar el reino de Jesucristo, cuya verdadera doctrina continuaba con repetidos prodigios.

En atencion á los relevantes méritos, y notorios servicios á la Iglesia con que Eleuterio se distinguia, fué promovido á la dignidad episcopal, aunque no nos consta con certeza la Iglesia de su destino. La diversidad de opiniones sobre la silla que ocupó este eminente prelado nos obliga á seguir en esta parte las prudentes conjeturas de los mas escrupulosos críticos, que atenidos á ellas, dicen que habiéndole enviado á Roma Dinamio con el fin de que se dignase el papa elegirle por coadjutor suyo, pidiendo á la sazón los iliricos obispo de Aquileya, se le consagró para aquella cátedra.

Quando se conducia Eleuterio á su silla acompañado de algunos romanos é iliricos, fué preso por los gentiles en el camino, y presentado al emperador Adriano, que á la sazón habia pa-

sado desde el Oriente á Roma; quien noticioso de los progresos que el Santo hacia en la religion, con notable desfalco del gentilismo, por los muchos paganos que se convertian á la fe en fuerza de sus prodigios y predicacion, luego que le tuvo á su presencia, comenzó á reconvenirle, como siendó descendiente de la ilustre prosapia de los senadores romanos, se habia dejado engañar de una secta que tenia por Dios á un hombre crucificado; y abominando su proceder, le ofreció ventajosos partidos, en el caso de que reconocido de su error, prestase adoracion á los dióses protectores del imperio. Despreció Eleuterio con generosidad las proposiciones del emperador; predicó con valentía las infalibles verdades de la fe de Jesucristo, y con no menor valor reclamó contra las supersticiones de la idolatría, haciendo con sus sabios discursos demostracion de sus necesidades; de lo que irritado Adriano, apeló á los tormentos mas crueles para rendirle.

Aunque los escritores no convienen en la referencia circunstanciada de las actas de su pasion, todos contestan, que probó el tirano su constancia con varios generos de esquisitos tormentos; como fueron mandarle poner sobre unas parrillas de hierro hechas ascuas, y arrojarle despues á un horno encendido; pero como triunfase Eleuterio sostenido de Dios de tan inhumanas crueldades, ordenó que amarrado á las colas de cuatro caballos indómitos, se le descuartizase con este castigo. Salió el Santo victorioso de esta bárbara invencion como en las antecedentes; pero no pudiendo Adriano sufrir por mas tiempo el invencible valor de aquel héroe cristiano, que le servia de la mayor confusion, y que acreditaba notoriamente su ningun poder, y el de los falsos dióses, á quienes prestaba adoracion, le mandó decapitar por último recurso, logrando por este medio la corona del martirio en principios del siglo II de la era cristiana.

Su madre Antia, que como la de los Macabeos animaba á su hijo á padecer por defensa de la ley, apenas espiró, se arrojó llena de gozo sobre su cuerpo, á prestarle con señales sensibles la veneracion debida; por cuyo heróico acto mandó Adriano que fuese degollada. Recogieron los fieles sus venerables cadáveres, y les dieron sepultura en el campo de Roma; y elevados del primer sepulcro luego que gozó de paz la Iglesia, hallándose presente al acto el obispo Reatino, eligió á S. Eleuterio por patrono de su iglesia, habiendo conseguido gran porcion de sus reliquias, de las que se trasladaron parte á Constantinopla.